



TOUR HISTÓRICO NOCTURNO CEMENTERIO MUNICIPAL DE TALCA

Carlos Fernando Acevedo Rodríguez
Funcionario de la Ilustre Municipalidad de Talca por 36 años
Actualmente desempeña el cargo Director Cementerio Municipal de Talca, desde
el año 2010
Profesiones: Técnico Universitario en Administración Pública e Ingeniero en
Administración de Empresas

José Renato Bobadilla Encina Técnico agrícola (paisajista)

Fotógrafo
Director de prensa, radio y televisión
Guía de sitios y lugares de memoria
Actualmente se desempeña como encargado de Parques y Jardines del Cementerio
Municipal de Talca desde el 2013

Germina la idea de realizar un tour histórico nocturno en nuestro Cementerio Municipal, por iniciativa conjunta con el Departamento de Turismo de la Ilustre Municipalidad de Talca, quienes aportan a este proyecto con la promoción y difusión del evento, así como también el transporte hacia y desde el Camposanto. La administración designa al señor Renato Bobadilla, cicerone, para realizar este proyecto, quién recibe y da la bienvenida a los visitantes, encabezando el periplo por las estaciones del tour, y, específicamente para la redacción de este documento a la señorita, María José Salazar Contardo, funcionaria administrativa.



Se inicia el recorrido en el Hall principal del recinto, donde se ubica en uno de sus ángulos una reproducción de Cristo crucificado tamaño natural, fabricado en zinc fundido y encargado a Europa en 1869.



A continuación, llegamos al hermoso monumento realizado en mármol blanco por el destacado escultor y Premio Nacional de Escultura, don Nicanor Plaza, en honor a Bartolomé Cademartori y Costa, esforzado médico que tuvo una destacada y notable actuación en el combate a una pandemia que azotó al país a principios del siglo XIX, donde murieron alrededor de cinco mil personas y algunas de ellas yacen sepultadas en la ribera poniente del Río Claro. Una cruz blanca señala el lugar.

Casi vecino a éste, se halla el monumento mortuario de Rafael Gana y López (24 Oct 1797 + 1867), destacado militar; combatió en Cancha Rayada y Maipú, consolidando la independencia de Chile. Integró la Guardia de Honor del Director Supremo; fue acusado de conspirar contra O'Higgins y fue encarcelado; se le absolvió de estos cargos. Se retiró con el grado de Sargento Mayor, participó activamente en el movimiento que culminó con Abdicación de O'Higgins en 1823.



Se radicó en Talca, fue regidor y alcalde de la ciudad en 1837.

Siguiendo el periplo, viramos hacia el Norte para llegar al nicho en que yacen los restos de María Flor Cádiz de Rivera (Valparaíso 1842, + Talca, Diciembre de 1933). Llegó con sus padres a Talca, siendo una pequeña de un año, en donde transcurre su infancia y



adolescencia. Casada con el capitán de Ejército

Juan

Ramón Rivera Moya, caído en combate como capitán Ayudante del Regimiento “Buin”, en la Batalla de Chorrillos, Perú. Inspirada tal vez, en el patriotismo y valor desplegado por su marido, y como póstumo homenaje a él, tuvo un brillante cometido, sin haber estado presencialmente en la Guerra del Pacífico; participó a los 37

años desde su ciudad de Talca, recibiendo, cuidando, sanando y dando cobijo a los soldados que volvían del Norte. Fue nombrada Cantinera casi al final del conflicto bélico. Luego, cuando las tropas del Batallón Talca regresaron a la ciudad, fue ella quien tomó la iniciativa, junto a otras señoras de sociedad, de cuidar a los soldados ayudando en hospitales, hospicios y hasta en su propio hogar. Brindó afecto y gran parte de su escaso dinero en alimentar y cuidar de estos veteranos. Se transformó en la “Florence Nightingale” talquina y muchos héroes anónimos deben su vida a esta esforzada patriota, fiel representante del valor y tesón de la mujer chilena. Se están haciendo las gestiones pertinentes con el Regimiento Talca N°16, a objeto sus restos sean llevados al lugar que por derecho le corresponde: El Mausoleo Militar.

Progresando hacia el Norte del Camposanto, llegamos al nicho que alberga los restos del

poeta Jorge González

Bastías (1879-1950). Poeta

bucólico, apacible y hondo.

Nace el 21 de mayo de 1879

en Nirivilo, pueblito

ribereño situado al sur

poniente de Talca. Cursa

Humanidades en el Liceo de

Hombres de Talca y en el

Instituto Nacional. Ejerce

labores periodísticas en

diarios de Talca y Santiago. Después

de algunos años de permanencia en la capital regresa a Infiernillo, trocando así el

periodismo por la agricultura y

la minería. Junto al Río Maule, cultivó la tierra y la poesía,

participando al mismo tiempo activamente en la política

local; es elegido regidor y alcalde durante varios períodos.

Sus obras: “Misas de Primavera” 1911; “El Poema de las

Tierras Pobres” 1924; “Vera Rústica” (Premio Municipal)

1933; “Del Venero Nativo” 1940 y “Antología” (Obra

póstuma realizada por Jerónimo Lagos Lisboa y Carlos

Préndez Saldías) 1952.

Murió en Infiernillo el 22 de noviembre de 1950. La

estación ferroviaria de ese lugar pasó a denominarse

“Poeta Jorge González Bastías” en homenaje al vate

maulino y en 1950 por iniciativa del Grupo Fuego de Santiago, fue inaugurado un busto en

su memoria frente a la casa solariega.



Siempre en el Primer Patio del Cementerio, nos dirigimos a la bóveda que guarda los restos de don Lorenzo Varoli Gherardi (Talca 8 Abril 1901 + Constitución 20 septiembre 1960), quién fue eximio exponente del automovilismo deportivo. Tuvo destacadas actuaciones tanto en Chile como en Argentina.

En 1937 participa en el Gran Premio “ALIVIOL”, entre Coquimbo y Concepción, logrando un 4° puesto y la carrera fue ganada por el piloto Óscar Andrade.

Una vez reiniciadas las actividades automovilísticas, luego del receso obligado de la Segunda Guerra Mundial, Lorenzo Varoli participa en el Gran Premio Internacional

Argentina – Chile, cuyo recorrido de casi 5.400 kilómetros fue dividido en seis etapas. Debíó abandonar por problemas mecánicos. La carrera fue ganada por Óscar Gálvez, “El Aguilucho”. En el mes de septiembre, se corre por primera vez el Gran Premio Arica Santiago, denominado Premio General Insa. Allí Lorenzo Varoli, en su fiel Ford coupé amarilla, y con su hijo homónimo de copiloto, demuestra toda su experticia, habilidad y coraje al imponerse de punta a cabo, ganando absolutamente todas las etapas de la extenuante competencia.

Ese mismo año toma parte en la legendaria carrera de Buenos Aires a Caracas, también denominada como Gran Premio América del Sur, cuyo regreso fue por Lima, Viña del Mar, Santiago y vuelta a Buenos Aires. El piloto talquino realiza una gran carrera y en varias etapas se ubica entre los cinco primeros. Debió abandonar en territorio peruano por fallas mecánicas cuando iba en cuarto lugar.

En el circuito Macul de la capital, se realizaría una importante carrera internacional: “El Gran Premio General San Martín”, con los mejores pilotos de Chile, Argentina y Perú. Por cierto que Varoli estuvo presente y realizó una espectacular carrera entre el grupo de los ases que se disputaban el liderato, hasta que lamentablemente concluyó su brillante actuación al volcar en una curva cerrada, quedando su Ford dentro de un zanjón. La disputada prueba fue ganada por Bartolomé Ortíz, quién logró derrotar al campeón argentino Óscar Gálvez. En esta competencia Varoli sufriría los primeros síntomas de agotamiento por problemas cardíacos, enfermedad que luego de ser diagnosticada, apresuraría su retiro de las pistas y lo obligaría a guardar reposo. El gigante del deporte mecánico veía así resentida su salud, que parecía de hierro hasta entonces.

Lo anterior no impidió una última y sobresaliente carrera por las rutas chilenas del gran piloto talquino, lo que ocurriría en el Gran Premio COPEC de 1953. Fue esa nueva competencia con el extenuante recorrido desde Arica a la capital, tal como la prueba anterior en que Varoli había logrado la victoria en

1948. Su motivación principal era la participación de pilotos argentinos y peruanos, lo cual daba una connotación internacional al evento. Una vez más el experimentado volante de Talca fue el mejor representante chileno en la carrera, presentándole reñida lucha al campeón mendocino Salvador Atagüile, quién a la postre resultaría ganador, escoltado por Varoli, superando a los volantes nacionales Raúl “Papín” Jaras, Eduardo Kovacs y Luis Hernán

Videla. Esa gran actuación fue su despedida definitiva de las carreras y como no podía haber sido de otro modo, fue el mejor piloto chileno en un Gran Premio Internacional.

Don LORENZO VAROLI GHERARDI, falleció en la ciudad balneario de Constitución, costa de la Región del Maule, el 20 de septiembre de 1960, a consecuencia de un ataque cardíaco.

La Asociación de Volantes de Chile organizó en su honor la carrera con que culminaría esa temporada; El Gran Premio Lorenzo Varoli. La competencia tuvo una única versión para pasar así a la historia del automovilismo deportivo nacional. Se corrió desde Santiago hasta Talca y concluida la primera etapa los

pilotos se dirigieron en grupo al Cementerio a rendir tributo al ex campeón nacional, quién había sido maestro para varios de ellos.

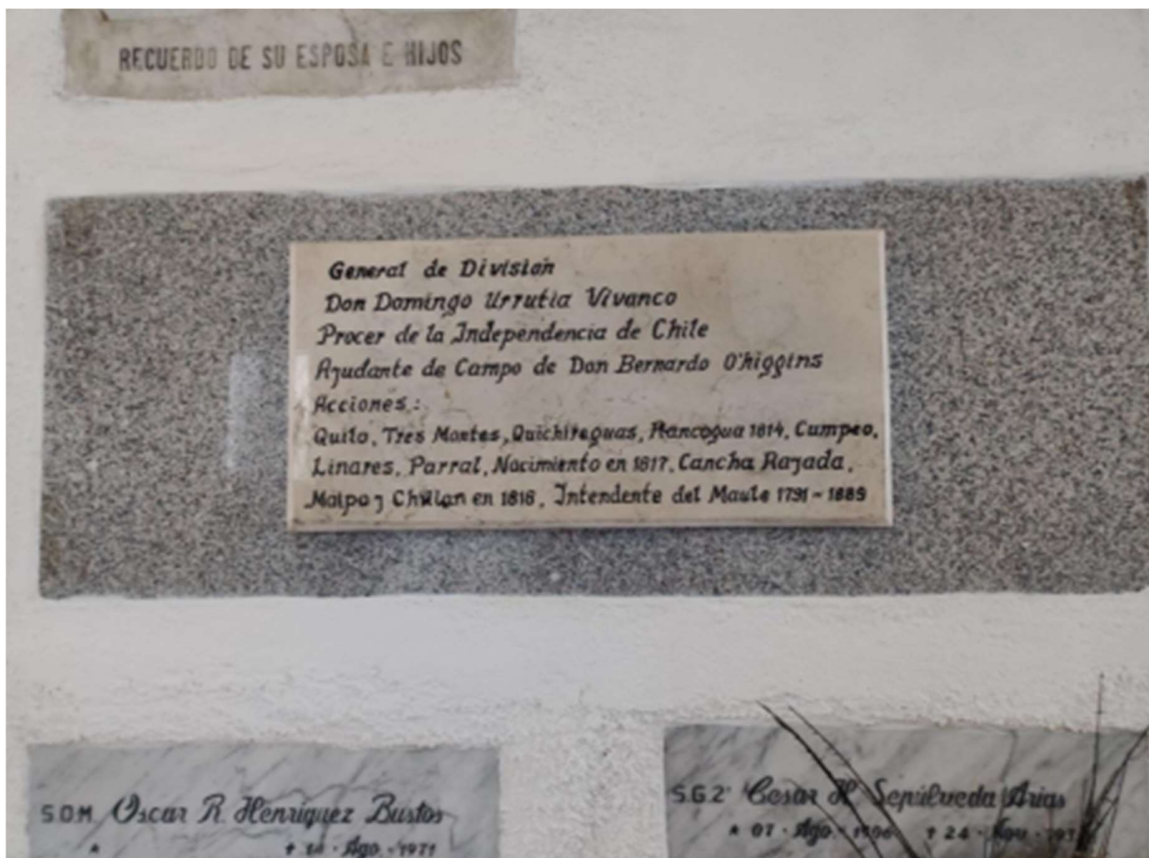


Eugenio Velasco, como Presidente de la Asociación de Volantes de Chile, recordó a la multitud congregada en el Camposanto, los valores éticos, morales y su calidad humana, al asistir a rivales en plena carrera, en desmedro de su posición. Luego, la prueba siguió rumbo al sur, hasta la ciudad de Los Ángeles. El Terminal Rodoviario y un colegio de la ciudad de Talca, llevan su nombre en homenaje a su brillante trayectoria.

Siempre en el Primer Patio, y a corta distancia hacia el Oriente se encuentra ubicado el Mausoleo del Regimiento de Infantería N° 16 Talca.



El sepulcro más antiguo dentro del Mausoleo Militar, es sin duda alguna, el del General de División don DOMINGO URRUTIA VIVANCO, Prócer de la Independencia de Chile, Ayudante de Campo de don Bernardo O'Higgins, que participó en las siguientes acciones: Quito, Tres Montes, Quechereguas, Rancagua 1814, Cumpeo, Linares, Parral, Nacimiento en 1817, Cancha Rayada, Maipo y Chillán en 1818. Fue Intendente del Maule en 1889.



Breve Reseña histórica del Batallón Movilizado Talca: al iniciarse la Guerra del Pacífico en el año 1879, el Supremo Gobierno mediante Decreto Supremo N° 37 del Ministerio de Guerra, con fecha 6 de marzo de 1881, dispuso la organización el Batallón Cívico Talca, nombrando como su comandante al Teniente Coronel JOSÉ SILVESTRE URÍZAR

GARFIAS, reclutándose en forma voluntaria a 600 combatientes, algunos de los cuales descansan en este patrimonio histórico.

Durante esta guerra, formó parte de la

Expedición Lynch con la categoría de

Regimiento, combatiendo bajo el mando

del general Manuel Baquedano, autoridad

militar que destacó al Regimiento Talca

por su heroísmo y arrojo en las Batallas de

Chorrillos y Miraflores.

Posteriormente,

participó en la ocupación de Lima en 1881,

además de múltiples acciones bélicas en la

Sierra peruana, finalizando con la Batalla

de Huamachuco, que puso término a la

guerra. Este regimiento fue una de las

últimas Unidades en retirar sus tropas del

Perú, arribando a Talca el 23 de mayo de

1884, siendo recibidos como héroes por la

ciudadanía maulina pasando a receso con

fecha 2 de abril de 1885.



Cementerio de Disidentes:

En este cementerio las sepulturas eran totalmente gratuitas, y en septiembre de 1874 ya se habían sepultado 18 cadáveres, de los cuales ocho eran hombres; cuatro de mujeres y seis de párvulos. De este Cementerio de Disidentes, que pasó a formar parte del actual Cementerio General de Talca, quedan sólo dos sepulturas de ciudadanos extranjeros con reja de fierro y epitafios muy propios de culturas foráneas.



Tumbas de fusilados:

Ajusticiamiento de un zapatero: La anciana Eloísa Moya Manríquez vivía en el pueblito de Santa Rosa de Lavaderos, comuna de Maule, propiedad heredada de su madre, que, aunque pequeña, tenía un estimable valor por tener una viña. Allí vivió casi sola, acompañada únicamente por el trabajador Moisés Toledo, quién posteriormente quedó ciego.

Para sobrevivir, doña Eloísa ejerció el oficio de médica yerbatera, recibiendo además una mensualidad de cien pesos que le entregaba su marido. Emparentada con varias familias de Talca, era muy conocida, por lo cual su casona era bastante frecuentada. Uno de sus parientes

era su primo Francisco Manríquez, a quién solía proteger económicamente, sujeto que para ganarse el sustento ejercía el oficio de zapatero en un taller situado en 3 Sur con 1 Poniente en Talca. (En Talca las calles se denominan conforme a las coordenadas geográficas: Norte, Sur, Oriente y Poniente).

La noche del 6 de septiembre de 1932, Francisco se concertó con José Neira Bastías para asaltarla y desvalijarla. Tras descerrajarle un tiro en la cabeza, su cómplice le dio de garrotazos hasta considerarla muerta. Después procedieron a robarle diversas especies y dinero, regresando a la ciudad caminando por la vía férrea. Tras ser descubiertos por Carabineros de Maule, con el apoyo de un testigo, confesaron su delito y fueron enjuiciados. El único testigo y sobreviviente del robo con homicidio, fue el anciano no vidente al que creyeron muerto.

Aún cuando los reclusos de la cárcel solicitaron clemencia a través de la Reina de la Primavera y otras instancias sociales, el presidente Arturo Alessandri Palma denegó la conmutación de la pena y Manríquez entró en capilla el 20 de diciembre de 1933, para ser fusilado al amanecer del sábado 23 de diciembre en vísperas de Navidad.

El crimen del joyero alemán:

El 23 de febrero de 1964, el joyero alemán Karl Eberhard Bonner se fue de excursión al sur en su automóvil a través del Camino Longitudinal (actual Ruta 5 Sur). Cercano a Linares se le hizo de noche, por lo cual le preguntó a un hombre en dónde podría pernoctar. Dicha persona era Cesáreo Villa Muñoz, quién lo indujo a levantar una carpa cercana a su vivienda. De esa manera mientras el alemán dormía, planeó asesinarlo, pues deseaba quedarse con 400 mil pesos en efectivo que le había visto en su billetera y con

su auto...

Pasó el tiempo y todo indicaba que su crimen había sido “perfecto” pero, los amigos de Karl habían puesto una denuncia por presunta desgracia y existía una investigación en curso. Todo comenzó a desenhebrarse cuando Cesáreo chocó el vehículo y tuvo que mandarlo a arreglar. Apresado fue llevado a Talca donde confesó su crimen. Allí la Corte de Apelaciones dictaminó la sentencia de pena de muerte, la cual fue ratificada por la Corte Suprema de Justicia. Siéndole denegado el indulto presidencial, fue asistido por el sacerdote Ernesto Rivera y fusilado en la madrugada del 14 de

noviembre de 1965 en la cárcel de Talca.

Sus restos se encuentran en el Segundo Patio del Cementerio Municipal talquino, junto a la tumba de Francisco Manríquez, donde sus lápidas han sido cubiertas por el fervor popular, con placas que agradecen “favores concedidos”.

Pamela Toledo, primera donante de órganos en la VII

Región:

Pamelita Toledo, una niña de doce años falleció a consecuencia

de un accidente vascular, ocurrido el 27 de septiembre de 1995,

en Talca, VII Región del Maule.

Ella había manifestado en vida su voluntad de ser donante, y su

madre pese al dolor que le significó perder a su hija, decidió

respetar su voluntad convirtiéndola en un verdadero símbolo de

solidaridad, especialmente para nuestra juventud. Se trata pues, de la primera donación voluntaria en regiones (Talca), a tan temprana edad. Por este motivo en 1997, la Corporación del Trasplante, en conjunto con autoridades gubernamentales de la época, instituyeron la fecha de aniversario de la muerte de Pamela, como el **“Día Nacional del Donante de Órganos y Tejidos”**, destinado a rendir homenaje a las personas que, al igual que esta menor, han realizado este **“acto de generosidad nacido del amor al prójimo”**.

En memoria de todos los donantes, se ha instaurado el BOSQUE DE DONANTES en el Cerro Blanco de la capital, fruto de un convenio entre la Corporación del Trasplante y el Parque Metropolitano. El objetivo es crear un espacio para que cada familiar de donante pueda plantar un árbol en memoria de su ser

querido. Las especies nativas son aportadas por el Parque Metropolitano, integrando esta cadena solidaria. Cada último domingo de septiembre de cada año, se plantan cincuenta nuevos árboles en un proyecto a veinte años, para crear de esta forma un frondoso Bosque de los Donantes.

Tumba del Padre Guido Lebret:

El padre Guido Lebret se ha convertido en mito popular y santo urbano con presencia entre sus fieles. En el Santuario erigido a un costado del cruce ferroviario de calle 14 sur, recibe con rostro fantasmagórico por efecto de la fotografía; mirada acogedora y franca que llega directamente al visitante, como si estuviera en el lugar. Todos los 12 de julio, el pueblo recuerda su trágica desaparición física ocurrida en 2000 a los 74 años.

Siempre hay velas encendidas, no importa la lluvia, de día o de noche, la gente lo recuerda con placas de “favor concedido” que compiten por un espacio libre de la gruta, levantada a pocos metros del sitio del accidente donde falleció junto a Eduardo Espíndola de seis años, cuando un tren destrozó la camioneta que conducía.

Un santuario que crece, porque los devotos
del padre aumentan en número como su

historia de vida. Para el francés la calle era su parroquia; la calle de las prostitutas, la calle del Barrio Seminario, el Hospital donde llegaba la gente que vive a la intemperie, desahuciada por el sistema, marginal sin techo físico o moral. Le Bret perteneció a la Congregación Eudista. Había nacido en Francia en 1926. Con 20 años manejó un tanque y una motocicleta militar al término de la Segunda Guerra Mundial.

Leyenda, porque además de incomodar a la Curia, pagando de su bolsillo por liberar a prostitutas de sus captores en la calle 10 Oriente, propició las bases de una Obra que aún permanece: el Hogar “EL DESPERTAR”, donde formaba a las niñas que rescataba. Leyenda porque según los testimonios del libro –basado en entrevistas publicadas en la prensa y en testimonios- era muy hábil para el fútbol, el boxeo y la buena mesa, pero sobre todo eficaz para favorecer la vida por sobre los abusos, llegando a intervenir físicamente en pro de los

oprimidos. Buena mesa en el sentido de los sabores, austero, sin embargo, y hábil gestor de recursos para concretar su obra. Con esfuerzo fue adquiriendo camiones, uno de los cuales él manejaba y esto permitía el funcionamiento del Hogar. Trabajo duro, sin descanso, sin

llorar, ordenado y pulcro con las cuentas logró prosperar para los demás; no dormía demasiado, llegaba de madrugada al Hospital de Talca donde administraba la Unción a los enfermos y luego su preocupación era el desayuno... luego los camiones.

Era radical y sin dobleces, dos cualidades explosivas. Sin límite para el servicio ciudadano y un salvaje para la Iglesia, tenía ese amor pastoral por las mujeres devoradas por el comercio sexual, desde las sombras las dignificaba y defendía. Incluso fue calumniado, acusado de vivir con ellas. La mentira fue sólo uno de los ataques que recibió desde la política, la propia Iglesia y los resabios de la dictadura, de la cual fue feroz opositor.

Desde 2013, un tramo de la Avenida Circunvalación Norte de Talca, lleva su nombre. *“En la Iglesia, al principio viví como un salvaje porque consideraban muy raro todo lo que yo hacía,*

sobre todo cuando empecé a recibir prostitutas. La “copucha” era que vivía con veinte mujeres”. (LEBRET)

El cortejo pasó por la calle 10 Oriente, la peor calle de la ciudad, menos para el cura y su campo de batalla...

“Aquí yace:

El Santo que iluminó mi vida, para volver a la tierra a cumplir con mi destino. Guido Lebret es su nombre, yo no lo conocía.

Pero una tarde él vino a visitarme ¡Hermanos! Yo lo vi, estuvo frente a mi cama, cuando estuve moribundo, sólo me miró y comencé a sentirme mejor, quise hablarle pero ya no estaba ahí.

Hoy solo queda preguntarme, ¿por qué a mí?, si yo no lo conocía. Dios escucha sus plegarias, gracias a él, hoy puedo caminar, ver florecer las flores del campo, puedo abrazar a mis hijos y mirar las estrellas por las noches.

Cuenta la historia, que su muerte fue muy trágica, quizás él, no quiso que la mía fuera así, y en nombre de Dios me concedió una segunda oportunidad de vida.

Gracias, ángel de mi guarda, que Dios te conceda el cielo para siempre. ¡Hermano! Él estuvo conmigo, yo no olvido su rostro envejecido y aquella barba blanca y larga, la mirada llena de ternura, que sobrecogió mi alma.

Hoy, en este escrito, te agradezco el salvar mi vida y voy a prepararme para el día en que nos reunamos, amigo Lebret, aunque no te nombren santo de Chile, yo siempre te voy a venerar.

Talca, agosto 16 de 2004

C.S.C.”

Presbítero Juan Carlos Rebolledo Miranda:

Sacerdote diocesano de la Prelatura de Illapel. Nació en Talca el 15 de agosto de 1955. Hijo de don Luis Alberto Rebolledo Román y doña Mercedes Miranda Acuña.

Desde niño y como monaguillo de la Iglesia Corazón de María en Talca, fue sintiendo el llamado del Señor. El 17 de diciembre de 1983 recibió la ordenación sacerdotal por la imposición de Monseñor Polidoro Van Vlierberghe en la catedral de Illapel.

En Talca, ciudad donde nació, y quedó huérfano de padre a los cinco años, conoció al Padre Pablo Gordaliza, aquel curita español que le dio su formación religiosa y le entregó el cariño de un padre verdadero. Sus primeros desvelos sacerdotales fueron dedicados a su “querida Illapel”. Fue vicario parroquial de las parroquias de San Rafael y Nuestra Señora de Fátima. Caritativo con los pobres y sobrio en su modo de vivir estaba siempre preocupado del decoro del altar. Vibraba con las Fiestas de la Virgen y sus prédicas eran

directas y sencillas. Animó a varios jóvenes

en la vocación sacerdotal y les decía:

“Exigentes en la prédica, misericordiosos

en el confesionario”. El 5 de febrero de

1994 asumió como párroco de la parroquia

Nuestra Señora del Carmen de Palo

Colorado, de Quilimarí. Allí continuó con

renovado entusiasmo su labor pastoral,

movido siempre por su amor a la Eucaristía

y a la Santísima Virgen. Alguien escribió

después de su muerte: *“Dios es justo en sus designios y quiso llevárselo, dejándonos*

una vez más, huérfanos de ese apoyo que el padre Juan Carlos nos entregó con toda su

alma y devoción. En corto tiempo se

adentró profundamente en el corazón de los habitantes del valle de Quilimarí, Pichidanguí, y de toda la comuna de Los Vilos”. El padre Juan Carlos falleció en un accidente automovilístico, en el km 215 de la Ruta 5 Norte (sector de Totoralillo), el 10 de marzo de

1995. Sus funerales en Illapel y en Quilimarí, junto con el dolor de la partida de un sacerdote tan querido, expresaron la gratitud de un pueblo por su entrega pastoral. Sus restos mortales fueron llevados al Cementerio de Talca. La obra del padre Juan Carlos quedó plasmada en el corazón de quienes le conocieron: *“...fue un sacerdote de mucha cercanía, misericordia y con un gran atractivo carismático con los niños, los ancianos y los drogadictos. Sus celebraciones litúrgicas fueron realizaciones de su lema: “Para el Señor, lo mejor”*.¹ La Ilustre Municipal de Illapel creó una beca para jóvenes estudiantes que lleva su nombre. El periódico El Valle,

en su edición de marzo de 1995, dejó consignado, como un homenaje póstumo, una de sus últimas reflexiones: *“Como cura no puedo estar más feliz. Me puedo realizar como sacerdote acercando la gente a Dios, como persona, amándolos en su dolor, compartiendo sus penas y alegrías, y ayudando en el progreso a la comunidad. A veces uno se siente solo, en especial después de la misa dominical en la noche, cuando vivo una fiesta y luego cierro la iglesia y quedo solo con el Señor. Pero al día siguiente, cuando despierto en el silencio del campo, me lleno de energía al contemplar la tierra que es el corazón de esta gente. Ella se vuelve fértil con un poco de agua, igual pasa con el corazón que crece al recibir la palabra de Dios”*. (Créditos y reseña histórica Pbro. Lucio Cáceres Méndez, Cura Párroco de Parroquia Caimanes).

Para cerrar el tour, visitamos los hermosos mausoleos que las comunidades española e italiana han levantado para acoger a sus difuntos en esta última morada, cuya arquitectura contiene elementos característicos que recuerdan su lejana Madre Patria.

¹Padre Jorge Falchs Frey, *Diccionario Biográfico del Clero Secular Chileno, 1983-2000*, 65.

Concluyendo nuestro recorrido por la historia que está aquí, en el Camposanto, hemos conocido a personajes reales, a quienes el fervor popular ha mistificado y creado leyendas en torno a ellos, que se han ido traspasando de generación en generación, con la distorsión propia que la memoria y los años ponen su pátina fantasía.